



www.loqueleo.com/ec

© 1927, Pablo Palacio

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-766-5

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Abril 2017

Sexta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Prólogo y estudio: Leonardo Valencia

Actividades y notas al pie: Cecilia Velasco

Diseño de la portada: Ramiro Jiménez

Foto del autor: Wikimedia Commons, Jbruzzone

Cuidado de la edición: Gabriela Tamariz

Diagramación: Ramiro Jiménez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



Débora
Un
hombre
muerto
a puntapiés

loqueleto

Índice



Prólogo	9
UN HOMBRE MUERTO A PUNTAPIÉS	
Un hombre muerto a puntapiés	17
El antropófago.....	29
Brujerías	39
Las mujeres miran las estrellas	49
Luz lateral	57
La doble y única mujer	65
El cuento	83
¡Señora!	87
Relato de la muy sensible desgracia acaecida en la persona del joven Z	93
DÉBORA	
Débora	99
Estudio de la obra	149
Recepción de la crítica	157
Cuaderno de análisis	159

Prólogo

La risa frente al día inmóvil

Por Leonardo Valencia



La obra de Pablo Palacio es tan breve como su propia vida. Nació en Ecuador en 1906 y murió en 1947. Publicó tres libros: en 1927, los cuentos de *Un hombre muerto a puntapiés* y la novela corta *Débora*, y, en 1932, su última novela, *Vida del ahorcado*. La suma de estos tres libros no pasa de las 177 páginas. A esto se añade poco más: nueve cuentos dispersos, cinco poemas y, entre unos pocos artículos menores, tres ensayos filosóficos relevantes: *Sentido de la palabra verdad*, *Sentido de la palabra realidad* y *Breve esquema genérico de la dialéctica*. Como Kafka, Palacio era abogado y un profesional escrupuloso. Así como el autor de *La metamorfosis* escribió *Normas de prevención de accidentes en máquinas de cepillado de madera*, también el autor de *Un hombre muerto a puntapiés* escribió una tesis legal que trata *Del pago de la letra de cambio*. A diferencia de Kafka, de Palacio no se conoce ninguna obra póstuma. Desde su última novela hasta su fallecimiento, quince años después, lo único que llegó a publicar son los artículos mencionados.

Con una sola excepción: Palacio tradujo los escritos aforísticos de Heráclito. Precisamente uno de ellos, quizá el más famoso aforismo de la filosofía griega, es el que afirma

que quien se baña dos veces en un río nunca se está bañando en el mismo río. La idea implica que las cosas, incluso las que parecen las mismas, siempre están en movimiento y cambian. Palacio lo traduce de esta manera:

*Los que descienden en los mismos ríos
reciben constantemente nuevas corrientes de agua.*

Algo parecido ocurre con los nuevos lectores que llegan a Palacio. Nunca estamos leyendo el mismo libro, o mejor dicho: cada vez que nuevos lectores quieren bañarse en sus aguas, estas han cambiado. El cauce sigue siendo el mismo, pero hay algo diferente.

Recién en 1964, diecisiete años después de la muerte del autor, se volvieron a publicar sus libros. Desde entonces su obra ha sido reeditada varias veces en México, Cuba, Venezuela, Chile, Argentina y España, e incluso con una traducción al alemán. Está considerado como uno de los autores representativos de la vanguardia latinoamericana. Nos encontramos con un autor que despierta cada vez más el interés de los lectores de distintas partes del mundo.

Se trata de una obra que se presta a distintas relecturas porque no se agota en la mera anécdota. Sus novelas *Débora* y *Vida del ahorcado*, y gran parte de los cuentos, tienen una estructura fragmentaria y discontinua en la que se establecen conjeturas sobre sus acciones y personajes. Además, hay permanentes reflexiones sobre el proceso de escritura. Más allá del catálogo de «monstruos» que aparecen en ellas —un hombre que come carne humana, una mujer siamesa, entre otros—, en la obra de Palacio hay una voz reflexi-

va e irónica que sostiene a los distintos personajes de sus historias y los acerca, con humor, al lector. Porque no hay que quedarse únicamente con la primera impresión: esos «monstruos» son exageraciones que cumplen el papel de iluminar rasgos de los seres humanos que solo por la distorsión se hacen visibles. Palacio se escapa de consideraciones sociológicas y psicológicas que pretenden reducir o explicar la originalidad de su obra. No es posible encontrar en sus libros un retrato directo del país del autor, no es fiable, y sobre todo no tiene la intención de dar cuenta de la que se considera la «realidad» estrecha y con fronteras de un territorio. Más bien Palacio parte de la experiencia en su país para dar cuenta de los conflictos entre la individualidad —siempre excepcional— y lo que se espera de una sociedad que establece modelos rígidos. La literatura de Palacio hace de puente entre esos extremos para que se pueda dialogar al respecto.

Hablar de Palacio es referirse a partes, piezas, fragmentos, trozos que son como salpicaduras provocadoras frente a la idea de la realidad. Palacio trasgredió las formas literarias convencionales de su tiempo, y su mismo caso es testimonio de la intemperie a la que están expuestos los talentos originales y, paradójicamente, tiene la fuerza de la escritura que no quiere ser utilizada para representar ideologías, ciudades o naciones. Es literatura en libertad. Esa libertad es la que ha complicado la interpretación de su obra como si fuera el resultado de un escritor afectado mentalmente. Recordemos que sus últimos años perdió la razón y estuvo en condición de enfermo mental. Pero no se puede explicar su obra solo desde la psicología. Y eso se demuestra

por las correcciones y mejoras que hizo en sus textos entre las primeras publicaciones en revistas y la recopilación final en forma de libro, y por el alto grado de reflexividad que hay en sus escritos.

En uno de sus cuentos posteriores a los incluidos en esta edición, y que se titula *Una mujer y luego pollo frito*, hay una reflexión de Palacio que parece anticipar la manera en que una parte de la crítica vio su obra: «Como queriendo indagar mis adentros, tal vez dudosa entre mi cordura y mi desequilibrio, tal vez interesada en comprender esta clase de tipo que no regaña, que pide poco y tiene la costumbre de reír ante lo insoluble».

Pablo Palacio no regaña a sus lectores, los recompensa. ¿Con qué? Con una fantasía liberada y provocadora. Pide poco tiempo de lectura para su obra breve —pero es un tiempo intenso que siempre invita a volverlo a leer, como si siguiera ocultando un secreto— y tiene la buena costumbre de no dar respuestas. Palacio se ríe de sí mismo, y así se escapa del día inmóvil de la verdad absoluta e invita a reír de otra manera.





*Con guantes de operar,
hago un pequeño bolo de lodo suburbano.
Lo echo a rodar por esas calles:
los que se tapen las narices
le habrán encontrado carne de su carne.*

Un hombre muerto a puntapiés¹

Muestra
promocional
«¿Cómo echar al canasto
los palpitantes acontecimientos callejeros?
Esclarecer la verdad es acción moralizadora».
EL COMERCIO de Quito

Anoche, a las doce y media próximamente, el Celador de Policía N° 451, que hacía el servicio en esa zona, encontró, entre las calles Escobedo y García², a un individuo de apellido Ramírez casi en completo estado de postración. El desgraciado sangraba abundantemente por la nariz e interrogado que fue por el señor Celador dijo haber sido víctima de una agresión de parte de unos individuos a quienes no conocía, solo por haberles pedido un cigarrillo. El Celador invitó al agredido a que le acompañara a la Comisaría de turno con el objeto de que prestara las declaraciones necesarias para el esclarecimiento del hecho, a lo que Ramírez se negó rotundamente. Entonces el primero, en cumplimiento de su deber, solicitó ayuda de uno de sus *chauferes* de la estación más cercana de autos y condujo al herido a la Policía, donde, a pesar de las atenciones del médico, doctor Ciro Venavides, falleció después de pocas horas.

Esta mañana, el señor Comisario de la 6a. ha practicado las diligencias convenientes; pero no ha logrado descubrir-

¹ Tomado de la revista *Hélice* N° 1, publicada el 26 de abril de 1926.

² Calles ubicadas en el Centro de Quito, cerca de La Ronda, a orillas del Machángara.

se nada acerca de los asesinos ni de la procedencia de Ramírez. Lo único que pudo saberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso.

Procuraremos tener a nuestros lectores al corriente de cuanto se sepa a propósito de este misterioso hecho.

No decía más la crónica roja del *Diario de la Tarde*.

Yo no sé en qué estado de ánimo me encontraba entonces. Lo cierto es que reí a satisfacción. ¡Un hombre muerto a puntapiés! Era lo más gracioso, lo más hilarante de cuanto para mí podía suceder.

Esperé hasta el otro día en que hojeé anhelosamente el Diario, pero acerca de mi hombre no había una línea. Al siguiente tampoco. Creo que después de diez días nadie se acordaba de lo ocurrido entre Escobedo y García.

Pero a mí llegó a obsesionarme. Me perseguía por todas partes la frase hilarante: ¡Un hombre muerto a puntapiés! Y todas las letras danzaban ante mis ojos tan alegremente que resolví al fin reconstruir la escena callejera o penetrar, por lo menos, en el misterio de *por qué* se mataba a un ciudadano de manera tan ridícula.

Caramba, yo hubiera querido hacer un estudio experimental; pero he visto en los libros que tales estudios tratan solo de investigar el *cómo* de las cosas y, entre mi primera idea, que era esta, de reconstrucción, y la que averigua las razones que movieron *a unos individuos* a atacar a otro a puntapiés, más original y beneficiosa para la especie humana me parecía la segunda. Bueno, el *porqué* de las cosas dicen que es algo incumbente a la filosofía, y en verdad nunca supe qué de filosófico iban a tener mis investigaciones, ade-

más de que todo lo que lleva humos de aquella palabra me anonada. Con todo, entre miedoso y desalentado, encendí mi pipa. —Esto es esencial, muy esencial.

La primera cuestión que surge ante los que se enlodan en estos trabajitos es el método. Esto lo saben al dedillo los estudiantes de la Universidad, los de los Normales, los de los Colegios y en general todos los que van para personas de provecho. Hay dos métodos: la deducción y la inducción (Véase Aristóteles y Bacon).

El primero, la deducción, me pareció que no me interesaba. Me han dicho que la deducción es un modo de investigar que parte de lo más conocido a lo menos conocido. Buen método, lo confieso; pero yo sabía muy poco del asunto y había que pasar la hoja.

La inducción es algo maravilloso. Parte de lo menos conocido a lo más desconocido... (¿Cómo es? No lo recuerdo bien... Yo creo que no es así... En fin, ¿quién es el que sabe de estas cosas?). Si he dicho bien, este es el método por excelencia. Cuando se sabe poco, hay que inducir. Induzca, joven.

Ya resuelto, encendida la pipa y con la formidable arma de la inducción en la mano, me quedé irresoluto sin saber qué hacer.

—Bueno, ¿y cómo aplico este método maravilloso? —me pregunté.

¡Lo que tiene no haber estudiado a fondo la lógica! Me iba a quedar ignorante en el famoso asunto de las calles Escobedo y García solo por la maldita ociosidad de los primeros años.

Desalentado, tomé el *Diario de la Tarde*, de fecha 13 de enero —no había apartado nunca de mi mesa el aciago Diario— y, dando vigorosos chupetones a mi encendida y bien

culotada³ pipa, volví a leer la crónica roja arriba copiada. Hube de fruncir el ceño, como todo un hombre de estudio —¡una honda línea en el entrecejo es señal inequívoca de atención!—.

Leyendo, leyendo, hubo un momento en que me quedé casi deslumbrado.

Especialmente el penúltimo párrafo, aquello de «Esta mañana, el señor Comisario de la 6a...» fue lo que más me maravilló. La frase última hizo brillar mis ojos: «Lo único que pudo saberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso». Y yo, por una fuerza secreta de intuición que Ud. no puede comprender, leí así: ERA VICIOSO, con letras prodigiosamente grandes.

Creo que fue una revelación de Astartea⁴. El único punto que me importó desde entonces fue comprobar qué clase de *vicio* tenía el difunto Ramírez. Intuitivamente había descubierto que era... No, no lo digo para no enemistar su memoria con las señoras... Y lo que sabía intuitivamente era preciso que lo verificara con razonamientos y, si era posible, con pruebas.

Para esto, me dirigí donde el señor Comisario de la 6a., quien podía darme los datos reveladores. La autoridad policial no había logrado aclarar nada. Casi no acierta a comprender lo que yo quería. Después de largas explicaciones me dijo, rascándose la frente:

—¡Ah!, sí... El asunto ese de un tal Ramírez... Mire, que ya nos habíamos desalentado... ¡Estaba tan oscura la cosa!... Pero, tome asiento; ¿por qué no se sienta, señor?... Como

³ Una pipa a la que, por su forma, puede introducirse mucho tabaco.

⁴ Antigua diosa de la fertilidad y el sexo, antecedente de Venus o Afrodita.

Ud. tal vez sepa ya, lo trajeron a eso de la una y después de unas dos horas falleció... el pobre. Se le hizo tomar dos fotografías, por un caso... algún deudo... ¿Es Ud. pariente del señor Ramírez? Le doy el pésame... mi más sincero...

—No, señor —dije yo indignado—. Ni siquiera le he conocido. Soy un hombre que se interesa por la justicia y nada más...

Y me sonreí por lo bajo. ¡Qué frase tan intencionada! ¿Ah? «Soy un hombre que se interesa por la justicia». ¡Cómo se atormentaría el señor Comisario! Para no cohibirle más, apresureme:

—Ha dicho usted que tenía dos fotografías. Si pudiera verlas...

El digno funcionario tiró de un cajón de su escritorio y revolvió algunos papeles. Luego abrió otro y revolvió otros papeles. En un tercero, ya muy acalorado, encontró al fin.

Y se portó muy culto:

—Usted se interesa por el asunto. Llévelas nomás, caballero... Eso sí, con cargo de devolución —me dijo, moviendo de arriba abajo la cabeza al pronunciar las últimas palabras y enseñándome gozosamente sus dientes amarillos.

Agradecí infinitamente, guardándome las fotografías.

—Y dígame usted, señor Comisario, ¿no podría recordar alguna seña particular del difunto, algún dato que pudiera revelar algo?

—Una seña particular... un dato... No, no. Pues era un hombre completamente vulgar. Así más o menos de mi estatura —el Comisario era un poco alto—; grueso y de carnes flojas. Pero una seña particular... no... al menos que yo recuerde...

Como el señor Comisario no sabía decirme más, salí, agradeciéndole de nuevo.

Me dirigí presuroso a mi casa; me encerré en el estudio; encendí mi pipa y saqué las fotografías, que con aquel dato del periódico eran preciosos documentos.

Estaba seguro de no poder conseguir otros y mi resolución fue trabajar con lo que la fortuna había puesto a mi alcance.

Lo primero es estudiar al hombre, me dije. Y puse manos a la obra.

Miré y remiré las fotografías, una por una, haciendo de ellas un estudio completo: las acercaba a mis ojos; las separaba, alargando la mano; procuraba descubrir sus misterios.

Hasta que al fin, tanto tenerlas ante mí, llegué a aprenderme de memoria el más escondido rasgo.

¡Esa protuberancia fiera de la frente; esa larga y extraña nariz que se parece tanto a un tapón de cristal que cubre la poma de agua de *mi* fonda; esos bigotes largos y caídos; esa barbilla en punta; ese cabello lacio y alborotado!

Cogí un papel, tracé las líneas que componen la cara del difunto Ramírez. Luego, cuando el dibujo estuvo concluido, noté que faltaba algo, que lo que tenía ante mis ojos no era él, que se me había ido un detalle complementario e indispensable... ¡Ya! Tomé de nuevo la pluma y completé el busto, un magnífico busto que de ser de yeso habría figurado sin desentono en alguna Academia⁵. Busto cuyo pecho tiene algo de mujer.

⁵ Palacio parece referirse a dos significados de *academia*. Por un lado, a las universidades, decoradas con estatuas clásicas y, por otro, a las academias: dibujos y esculturas de desnudos.

Después... después me ensañé contra él. ¡Le puse una aureola! Aureola que se pega al cráneo con un clavito, así como en las iglesias se las pegan a las efigies de los santos.

¡Magnífica figura hacía el difunto Ramírez!

Mas, ¿a qué viene esto? Yo trataba... trataba de saber por qué lo mataron; sí, *por qué* lo mataron...

Entonces confeccioné las siguientes lógicas conclusiones:

El difunto Ramírez se llamaba Octavio⁶ Ramírez (Un individuo con la nariz del difunto no puede llamarse de otra manera);

Octavio Ramírez tenía cuarenta y dos años;

Octavio Ramírez andaba escaso de dinero;

Octavio Ramírez iba mal vestido; y, por último, nuestro difunto era extranjero.

Con estos preciosos datos, quedaba reconstruida totalmente su personalidad.

Solo faltaba, pues, aquello del motivo que para mí iba teniendo cada vez más caracteres de evidencia. La intuición me lo revelaba todo. Lo único que tenía que hacer era, por un puntillo de honradez, descartar todas las demás *posibilidades*. Lo primero, lo declarado por él, la cuestión del cigarrillo, no se debía siquiera meditar. Es absolutamente absurdo que se victime de manera tan infame a un individuo por una futilidad⁷ tal. Había mentido, había disfrazado la verdad; más aún, asesinado la verdad, y lo había dicho porque *lo otro* no quería, no podía decirlo.

⁶ Posible referencia al fundador de Roma, Augusto, nacido con el nombre de Octavio.

⁷ La palabra no existe; Palacio se refiere a la calidad de fútil; es decir, algo que no tiene importancia.

¿Estaría beodo el difunto Ramírez? No, esto no puede ser, porque lo habrían advertido enseguida en la Policía y el dato del periódico habría sido terminante, como para no tener dudas, o, si no constó por descuido del repórter, el señor Comisario me lo habría revelado, sin vacilación alguna.

¿Qué otro vicio podría haber tenido el infeliz victimado? Porque de ser vicioso, lo fue; esto nadie podrá negármelo. Lo prueba su empecinamiento en no querer declarar las razones de la agresión. Cualquiera otra causa habría podido ser expuesta sin sonrojo. Por ejemplo, ¿qué de vergonzoso habrían tenido estas confesiones?

«Un individuo engañó a mi hija; lo encontré esta noche en la calle; me cegué de ira, le traté de canalla, me le lancé al cuello y él, *ayudado por sus amigos*, me ha puesto en este estado» o

«Mi mujer me traicionó con un hombre a quien traté de matar; pero él, más fuerte que yo, la emprendió a furiosos puntapiés contra mí» o

«Tuve unos líos con una comadre y su marido, por vengarse, me atacó cobardemente con *sus amigos*».

Si algo de esto hubiera dicho a nadie habría extrañado el suceso.

También era muy fácil declarar: «Tuvimos una reyerta».

Pero estoy perdiendo el tiempo, que estas hipótesis las tengo por insostenibles: en los dos primeros casos, habrían dicho algo ya los deudos del desgraciado; en el tercero, su confesión habría sido inevitable, porque aquello resultaba demasiado honroso; en el cuarto, también lo habríamos sabido ya, pues animado por la venganza habría delatado hasta los nombres de *los agresores*.

Nada, que lo que a mí se me había metido por la honda línea del entrecejo era lo evidente. Ya no caben más razonamientos. En consecuencia, reuniendo todas las conclusiones hechas, he reconstruido, en resumen, la aventura trágica ocurrida entre Escobedo y García, en estos términos:

Octavio Ramírez, un individuo de nacionalidad desconocida, de 42 años de edad y apariencia mediocre, habitaba en un modesto hotel de arrabal hasta el día 12 de enero de este año.

Parece que el tal Ramírez vivía de sus rentas, muy escasas por cierto, no permitiéndose gastos excesivos, ni aun extraordinarios, especialmente con mujeres. Había tenido desde pequeño una desviación de sus instintos, que lo depravaron en lo sucesivo hasta que, por un impulso fatal, hubo de terminar con el trágico fin que lamentamos.

Para mayor claridad se hace constar que este individuo había llegado solo unos días antes a la ciudad teatro del suceso.

La noche del 12 de enero, mientras comía en una oscura fonducha, sintió una ya conocida desazón que fue molestándole más y más. A las ocho, cuando salía, le agitaban todo los tormentos del deseo. En una ciudad extraña para él, la dificultad de satisfacerlo, por el desconocimiento que de ella tenía, le azuzaba poderosamente. Anduvo casi desesperado, durante dos horas, por las calles céntricas, fijando anhelosamente sus ojos brillantes sobre las espaldas de los hombres que encontraba; los seguía de cerca, procurando aprovechar cualquier oportunidad, aunque receloso de sufrir un desaire.

Hacia las once sintió una inmensa tortura. Le temblaba el cuerpo y sentía en los ojos un vacío doloroso.